

Una perspectiva genealógica y crítica para repensar la administración



Ernesto Barrera Duque

Estudiante, Doctorado en Administración, Universidad EAFIT. Visitante durante un año, Ph.D en Administración con énfasis en marketing, HEC Montreal (Canadá). Máster en Dirección de Empresas, MBA, IESE Business School, Universidad de Navarra (Barcelona, España). Abogado y Especialista en Economía Internacional, Universidad Externado. Profesor, Área de dirección de marketing del INALDE, Universidad de La Sabana. ebarrer2@eafit.edu.co

Juan Carlos Sanclemente Téllez

Estudiante, Doctorado en Administración, Universidad EAFIT. Visitante durante un año del Ph.D en Administración con énfasis en marketing, HEC Montreal (Canadá). Especialista en Economía Aplicada y Gestión, Université Catholique de Louvain. MBA, Université Catholique de Louvain (Bélgica). Administrador de Empresas, Universidad Libre de Cali. Profesor, Departamento de Mercadeo, Universidad EAFIT. jsanclem@eafit.edu.co

Recepción: 18 de mayo de 2008 | Aceptación: 16 de octubre de 2008

Resumen

Los autores utilizan el método histórico-genealógico para establecer las fuerzas dominantes que dieron origen a la Administración. El positivismo, la racionalidad tecnológica, el capitalismo moderno, las presiones del movimiento obrero y la economía neoclásica fueron elementos fundamentales del contexto histórico en el cual emerge esta nueva disciplina. Esta indagación por el contexto en el cual surge la Administración científica se realiza con base en los trabajos de Marx, Weber, Polanyi, Marcuse y Aktouf. El artículo considera que

la Administración es una narrativa en la cual la empresa se interpreta como una entidad que debe maximizar la utilidad y procurar de manera prevalente la creación de valor económico para los propietarios, incluso por encima de la dignidad del ser humano, ya que este se considera un medio y no un fin en sí mismo. Los autores proponen algunos ejemplos donde opera esta lógica de instrumentalización del ser humano y luego hacen una crítica a la investigación y a la enseñanza vigente en las escuelas de negocios. Finalmente, se propone la búsqueda de una Administración contextualizada y permeada por la solidaridad, donde el objetivo principal sea el desarrollo integral de las personas en las empresas.

A genealogic and critical approach to rethink managing

Abstract

The historic-genealogical method is used by the authors to determine the leading power originating management. The positivism, the technological rationality, the modern capitalism, the pressures of the worker's movement and the neoclassical economy were key elements of the historical context from which this new discipline emerges. This research about the context in which the scientific Management came up is made on the basis of Marx's, Weber's, Polanyi's, Marcuse's and Aktouf's works. We see the administration as a narrative in which the company is conceived as an entity that should maximize the profits and, prevalently, the creation of an economic value to the shareholders, even above the dignity of the human being, since this is considered the means but not the end in itself. The authors provide some examples in which this logic of instrumentation of the human being operates. Later on, they review the research and the existing teaching ways in the business schools. Finally, the search of a contextualized and permeated-by-solidarity administration is proposed, in which the main objective is the integral development of people in the companies.

Palabras Clave

Método histórico-genealógico
Pensamiento administrativo
Maximización del beneficio económico
Perspectiva humanística de la Administración
Teoría crítica de la gestión

Key words

Historical – genealogical method
Administrative thought
Maximization of profits
Humanistic approach of the administration
Review theory of management

*Porque no hay río que no sea tu sangre,
no hay selva que no esté en tus entrañas,
no hay viento que no sea secretamente tu voz y
no hay estrellas que no sean
misteriosamente tus ojos.*

William Ospina (2008, 362)

Introducción



mar Aktouf (2001), en su libro *La estrategia del avestruz racional*, propuso la metáfora de este animal

de origen australiano –ya que suele poner su cabeza debajo de la arena en momentos de riesgo– para referirse a la lógica administrativa técnico-racional, que por virtud de la racionalización y la *matematización*, se mantiene alejada de la realidad palpable de las organizaciones y, lo que es peor, legitima los “hiper-egoísmos patronales”. La Administración tradicional opera bajo el supuesto de que las técnicas pragmático-racionales producen la maximización del beneficio y la eficiencia económica. Para llegar a estas conclusiones, Aktouf (2001) realiza *una aproximación histórico-genealógica* a la Administración. Asocia sus

vínculos prístinos con el desarrollo histórico del capitalismo moderno, la teoría económica liberal y el movimiento obrero; Este último como la fuerza dialéctica.

La Administración científica emerge a comienzos del siglo XX en un contexto donde predominaba la lógica positivista de la economía neoclásica y el racionalismo científico de la modernidad. También en contextos organizacionales donde florecían el énfasis en la productividad y en la eficiencia del trabajo del obrero. Se ha “legitimado” hasta nuestros días una interpretación en la cual la *persona humana* se entiende como un medio de producción y como un recurso para alcanzar la productividad y la eficiencia, atentando, de esta manera, contra su *dignidad*.

Estos elementos están inmersos en la *ideología gerencial* (De Gaulejac y Aubert, 1993), es decir, la narrativa que justifica la obsesión maximalista por el crecimiento, el valor económico y la optimización de los flujos de caja como fines últimos de la empresa, sin importar la deshumanización ni la devastación medioambiental.

Esta ideología, además, legitima *la supervisión y el control organizacionales* (Garcés, 2002), vulnerando la capacidad de elección del ser humano. Marcuse también ha desvelado este trasfondo ideológico de los negocios:



Vivimos y morimos racional y productivamente. Sabemos que la destrucción es el precio del progreso, como la muerte es el precio de la vida, que la renuncia y el esfuerzo son los prerrequisitos para la gratificación y el placer, **que los negocios deben ir adelante y que las alternativas son utópicas. Esta ideología pertenece al aparato social establecido;** es un requisito para su continuo funcionamiento y es parte de su racionalidad (Marcuse, 1999, 172). (Resaltado para este trabajo).

Lipovetsky (2005), por su lado, y poniendo en tela de juicio el cortoplacismo financiero que predomina hoy en las lógicas de acción en la Administración, denuncia el discurso que pretende legitimar en la sociedad la rentabilidad financiera trimestral y el individualismo exacerbado:

El culto de los empresarios ha sido suplantado por las estrellas de las finanzas, la construcción difícil y austera del futuro se ha evaporado ante **las promesas del beneficio inmediato**. Una acusada inclinación individualista del *presente*, en las antípodas de la moral tradicional del esfuerzo y el mérito. Consagración cultural del “dinero fácil” que no sólo es propio de los Estados Unidos y de los *golden boys*: actualmente¹ los jóvenes franceses también experimentan más admiración (53%) que desconfianza (37%) respecto de los que han hecho fortuna en pocos años (Lipovetsky, 2005, 191). (Resaltado para este trabajo).

El origen de la Administración científica, la interpretación del ser humano en el discurso y las prácticas administrativas, la ideología gerencial y la enseñanza e investigación en la disciplina, son los temas principales de este artículo de revisión y reflexión. Con apoyo en el *método histórico-genealógico*, profundizamos en el contexto histórico del cual emerge la denominada Administración científica e identificamos en su discurso y prácticas las creencias, las convicciones, los valores y los proyectos humanos subyacentes, en otras palabras, desvelamos su ideología de soporte. Penetramos en las entrañas del contexto histórico que le dio origen, con el objetivo de encontrar los intereses ocultos dominantes y desenmascarar las fuerzas impulsoras de los paradigmas y de los modelos mentales que aún existen detrás de la Administración.

Nuestro hilo conductor no es “qué es”, sino “quién” se ha inventado y apoderado de los conceptos que han impulsado una evolución determinada. Buscamos establecer “qué quiere quien así piensa en la Administración y qué uso hace de los conceptos”. Esta aproximación -ir al origen histórico del fenómeno- nos permite realizar una deconstrucción para identificar “lo oculto detrás de las apariencias y de las narrativas” creadas por las fuerzas dominantes vigentes en el momento del nacimiento de la disciplina, estableciendo, de esta

manera, *quién y para qué*. Este análisis muestra que el origen del pensamiento administrativo fue impulsado por los dogmas ideológicos de la *maximización de la utilidad y la creación de valor económico para los propietarios del capital*.

La Administración ha buscado desde sus inicios -mediante ficciones², metáforas y narrativas- domesticar al ser humano y a su cuerpo para coordinar, ordenar, mandar, controlar, planificar y alinear sus acciones con los intereses particulares de los dueños del capital; quienes han sido representados por el modelo de gestión anglosajón “de tipo exportación”, embebido, entre otros elementos, por una cultura individualista insolidaria, jerarquías altamente verticales, materialismo consumista, egoísmo y el propio interés racionalizado por la economía neoclásica (desarrollada a partir de la década de los setenta³ del siglo XIX), que han desembocado en la codicia insaciable hacia la satisfacción absoluta y rápida del deseo monetario. Ahora bien, nuestra propuesta implica entender la *empresa* como una construcción y una comunidad humana cuya causa final es el *desarrollo de las personas*, y la Administración como una disciplina de apoyo en ese proyecto, dejando en una jerarquía inferior la maximización del valor económico.

Este artículo se ha organizado de la siguiente manera: empezamos con una sección dedicada al origen del capitalismo moderno, ya que es el contexto más importante para comprender las

² La perspectiva aquí expuesta parte del supuesto de que la realidad social y el conocimiento se construyen con el soporte directo del lenguaje y de las metáforas verbales. El lenguaje es una invención humana o un “ejército móvil de metáforas” (para utilizar la frase de Nietzsche); es una “ficción”. Las ciencias cognitivas, por ejemplo, hablan de las narrativas culturales (Lakoff, 2008) como elementos centrales de la sociedad. Los discursos humanos, entre ellos el administrativo, ayudan al ser humano a darle un sentido al mundo y reducir la incertidumbre, pero también ayudan a promover los estados de las cosas favorables al interés dominante. Para Marcuse (1999), la más grande ficción o narrativa de la sociedad industrial avanzada ha sido el “orden objetivo de las cosas” o “la naturaleza de las cosas”, ya que se ha utilizado como una justificación para rechazar los proyectos alternativos (haciéndose inmune a la contradicción) y dominar los cuerpos humanos.

³ Algunos de los exponentes principales de ese período de la economía neoclásica son Jevons, Walras y Marshall.

¹ Este libro de Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, fue publicado por primera vez en 1992.

fuerzas que se apoderaron de la Administración científica en sus inicios. Luego profundizamos en el nacimiento de esta disciplina, desvelando las fuerzas que se apoderaron de ella en su origen pero que aún están vigentes en su discurso y prácticas. Para mostrar esto presentamos algunos ejemplos. Y, para terminar, elaboramos unas reflexiones finales acerca de la enseñanza y la investigación en la disciplina, y también proponemos una breve conclusión.

1. El método histórico-genealógico y el origen del capitalismo moderno

Nuestra aproximación *histórico-genealógica* hacia la Administración tiene como apoyo *El Capital* de Carlos Marx, *El sustento del hombre* de Karl Polanyi y *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber. Para empezar, sin embargo, es importante anotar que, para Nietzsche (1991), el “cuerpo humano” es una pluralidad de fuerzas bajo el mando de la “gran razón” que busca un único sentido; es un medio disputado, entrecruzado, de enfrentamiento entre diferentes interpretaciones, donde unas fuerzas dominan y otras son dominadas. Este mismo autor establece además que *la fuerza dominante inventa ficciones para legitimarse ante las demás*, presentándose como si fuera buena por sí misma, objetiva y racional; siempre con la finalidad de sustentarse en el poder e imponer una interpretación de la realidad que favorezca a sus intereses y deseos. Por esto es que Nietzsche propuso la famosa frase “no existen hechos sino interpretaciones”, que, valga la pena aclarar, en él no significaba un relativismo extremo, sino la conciencia personal de que siempre se observa desde una perspectiva que condiciona nuestras creencias y convicciones.

Marx (1974), en su obra *El Capital*, específicamente en el capítulo denominado *La llamada acumulación originaria*, ausculta y desenmascara el origen violento y desgarrador del capitalismo moderno. Con su argumentación acerca del origen del capitalismo -construido con base en el *materialismo dialéctico-*, puso de relieve la forma violenta como se fracturó el régimen feudal, dislocando a los

campesinos y a los productores domésticos, y mostró cómo los intereses burgueses en ascenso se fueron apropiando de las interpretaciones del mundo y del Estado. Critica los cimientos y los procesos de la acumulación originaria, denunciando la violencia ejercida sobre los campesinos y los artesanos pobres, así como su desplazamiento hacia las ciudades para dar origen al proletariado. Marx presenta la acumulación originaria dentro del marco de la *prehistoria del capital*, que consistió en la destrucción de las propiedades privada y colectiva basadas en el trabajo, para transformarlas, por el método violento, en capital. Un resultado funesto de este proceso fue la transformación de los productores directos auto-empleados en obreros asalariados.

El lino sigue siendo el mismo de antes. No ha cambiado en él ni una sola fibra, y, sin embargo, en su cuerpo se alberga ahora un alma social nueva, pues este lino forma parte del *capital constante*⁴ del dueño de la manufactura. Antes, se distribuía entre un sinnúmero de pequeños productores, que lo cultivaban por sí mismos y lo hilaban en pequeñas cantidades, con sus familias; **ahora, se concentra en manos de un solo capitalista, que hace que otros hilen y tejan para él.** Antes, el trabajo extraordinario que se rendía en el taller de hilado se traducían en un ingreso extraordinario para innumerables familias campesinas, o también, bajo Federico II, en impuestos *pour le roi de Prusse*. Ahora se traduce en ganancia para un puñado de capitalistas (Marx, 1974, 634). (Cursiva en original. Resaltado en negrilla para este trabajo).

Esta situación se agudizó y tuvo su inflexión en la Revolución Industrial. Polanyi (1994), por ejemplo, muestra los efectos degradantes de los denominados “molinos satánicos”: pobreza, miseria y marginalización de la población citadina inglesa. La aparición de la máquina ocurre paralelamente con el surgimiento de la *economía de mercado*, y cambia, según este autor, el panorama humano de Inglaterra. Se produce una *dislocación humana diluida*. Y luego de la dislocación, se genera el

⁴ Recuérdese que Marx opone el *capital constante* al *capital variable*.

desdoblamiento. La fuerza de trabajo entra en el mercado para ser vendida y comprada, se hace asalariada. Las mayores invenciones del capitalismo moderno son *el obrero asalariado* y la *economía de mercado*, donde todo, incluso el trabajo, se postra ante la libre interacción de las fuerzas competitivas de la oferta y la demanda.

En esta situación histórica occidental de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, ya dominada por el estilo de vida y los intereses particulares de la burguesía, empieza a postrarse el pensamiento humano ante las fuerzas dominantes del capitalismo moderno, embebido por lo racional, lo técnico y lo económico. Se generaron entonces distorsiones en la mentalidad y en las condiciones de vida de la sociedad de ese período histórico (Polanyi, 1994). La racionalidad económica se apoderó de la sociedad en general, y la redujo a su propia lógica economicista *maximizadora*. Con el objetivo de instrumentalizar al ser humano, excluye de su narrativa la dimensión ética del pensamiento tradicionalista medieval: la persona humana se disminuye a la categoría de medio y recurso para la maximización de lo económico.

Weber (1973, 1976), por su lado, con una aproximación teórica diferente a la de Marx, buscó un método para abordar con una “mirada objetiva”, “imparcial” y “racional” el surgimiento del capitalismo moderno⁵. La *racionalidad capitalista*, entendida como la utilización industrial del capital para reproducirlo, incluyendo en su lógica de acción la acumulación de dinero, la organización racional del trabajo, la provisión de bienes materiales para la gran masa y la aplicación de la ciencia a la producción, fue engendrada, entre otros, por un factor sociológico fundamental: *la ética calvinista*⁶. En su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Weber (1973) afirma que el sentido misional de la *profesión*, orientada

⁵ Recuérdese que Weber postulaba que el investigador debía cumplir con la denominada *neutralidad axiológica*. Sin embargo, era consciente de que el conocimiento se halla embebido por intereses particulares. Su método, según él, permite desvelarlos.

⁶ Weber (1973, 111) también incluye el pietismo, el metodismo y el movimiento bautizante.

hacia los fines mundanos, fue una de las características de la Reforma protestante. Lutero dio un impulso inicial al concepto de *profesión*⁷ como parte del deber de cumplir en el mundo con las condiciones humanas y materiales asignadas por Dios (destino), pero fue el calvinismo lo que maduró la superestructura religiosa para culminar la construcción de la *mentalidad* capitalista racional burguesa que rompe con el tradicionalismo católico. “El nuevo espíritu encarna **cualidades éticas específicas**, de distinta naturaleza que las que se adaptaban al tradicionalismo de los tiempos pasados (Weber, 1973, 69)” (Resaltado para este trabajo).

El “espíritu del capitalismo” —como lo define Weber (1973)— consiste entonces en la *mentalidad* que busca *el lucro* y su *reproducción* mediante el ejercicio de una *profesión*, obteniendo de ella “una ganancia legítima”. Un ejemplo típico de esta nueva mentalidad es Benjamín Franklin, quien promovió la práctica de las “virtudes laborales” (el esfuerzo y la laboriosidad), así como el desarrollo de los negocios en términos *utilitaristas* y pensando en la riqueza como fruto del trabajo arduo, pero también como resultado de la predestinación divina. En este nuevo esquema de pensamiento —necesario para el florecimiento del capitalismo moderno— consideraba que “el tiempo es dinero, el crédito es dinero, el dinero es fértil y reproductivo”, o en otras palabras: el tiempo es dinero (*time is money*).

Las cualidades éticas derivadas de una novedosa manera de comprender el mundo espiritual, fracturaron el *pensamiento tradicionalista* encarnado por la Iglesia Católica. Un ejemplo de la mentalidad tradicional de esa época es el siguiente: si se acude a los incentivos monetarios unitarios, el trabajador tradicionalista no busca la manera de “trabajar más para ganar más”, sino que por el contrario se conforma con sus ingresos previos y busca, más bien, trabajar menos para ganar lo mismo y tener más tiempo para el ocio. En contraste, la *ética calvinista*, como alimento

⁷ Con este concepto de “profesión” (*Beruf*), Lutero fractura definitivamente su vínculo con la Iglesia Católica y aumenta el valor del trabajo y la profesión en el mundo.

prístino del “espíritu capitalista”, propuso la siguiente máxima: “enriquecimiento como un fin en sí y obligatorio para el hombre”. El calvinista descubre un designio divino en la acumulación de la riqueza material producida a través de su *trabajo profesional* en el cual se incluye el préstamo a interés⁸. Por este motivo es que Weber (1973) consideró que el análisis del capitalismo no podía reducirse a la interpretación exclusiva de las condiciones económicas (Marx), sino que también debía incluir la “superestructura” o la mentalidad subyacente, en este caso, *la ética calvinista*. El protestantismo de corte calvinista legitimó la actitud que busca la riqueza como un mandato divino (no para todos sino para algunos elegidos) y, simultáneamente, destiló argumentaciones “racionales” para disciplinar a los trabajadores para el control productivo.

Una nueva criatura emerge en este contexto histórico de la modernidad: el *homo economicus*, ese ser frío, racional, egoísta y calculador, representante de un sentido del mundo orientado por la *maximización de la utilidad para sí mismo*. Es racional porque busca su propio interés. Sin embargo, no es más que una ficción o metáfora inventada por la *narrativa económica* sustentada en la “razón moderna” y a través de la cual se buscaba legitimar los intereses dominantes y las condiciones de vida de la clase social predominante: la burguesía.

Plantear, como lo hacen tantos economistas, la maximización de las ganancias monetarias de los individuos como la única actitud racional posible, como un modelo absoluto y exclusivo, es olvidar que esta forma de racionalidad económica es el producto de una evolución histórica singular, y caracteriza a las sociedades capitalistas desarrolladas, donde el control y la acumulación del capital, constituye el punto estratégico de la competencia social (Godelier, 1982, 288).

Y una criatura de tales características puede considerarse más bien “irracional”, y casi que

⁸ Mentalidad que hubiera sido rechazada por Lutero, pues éste estaba en contra de la usura y el préstamo a interés.

caminando en el borde del abismo hacia el rechazo de sí mismo:

El egoísmo no es idéntico al amor a sí mismo, sino a su opuesto. El egoísmo es una forma de codicia [...] La observación atenta descubre que si bien el egoísta nunca deja de estar angustiosamente preocupado de sí mismo, se halla siempre insatisfecho, inquieto, torturado por el miedo de no tener bastante, de perder algo, de ser despojado de alguna cosa. Se consume de envidia por todos aquellos que logran algo más. Y si observamos aun más de cerca este proceso, especialmente su dinámica inconsciente, hallaremos que el egoísta, en esencia, no se quiere a sí mismo sino que se tiene una profunda aversión (Fromm, 1995, 124).

La Administración científica, penetrada en su origen por la metáfora del *homo economicus*, emergió como un mecanismo de control social y disciplinario del cuerpo (Garcés, 2002), y como un arsenal de conceptos para el adoctrinamiento de la mente colectiva. A continuación se desarrolla la siguiente tesis: la Administración científica, como producto del contexto socio-económico del siglo XIX y comienzos del siglo XX (y como subproducto de la ciencia económica neoclásica), fue, en su origen, una narrativa del racionalismo positivista para sustentar las dinámicas organizacionales orientadas por la eficiencia económica y la maximización de la utilidad. Sin embargo, la presencia de estas fuerzas dominantes en la Administración, han generado costos éticos de grandes dimensiones: *la instrumentalización de la persona humana* en las empresas, la dislocación de su dignidad, su reducción a la condición de medio de producción.

2. En busca de una conciencia histórica para comprender la Administración científica

El ser humano, a través de sus propias narraciones sobre el mundo y las cosas, se ha instrumentalizado a sí mismo. Es consecuencia de la racionalización técnica y del afán obsesivo por matematizar el mundo. Esto ya había sido denunciado por Herbert Marcuse (1999) —en

los años 50 del siglo XX— en su libro *El hombre unidimensional*. En el texto muestra cómo la modernidad sustituye la ética en las relaciones entre los seres humanos para poner en su lugar a la racionalidad tecnológica. En ese período histórico se separa la ciencia de la ética; el hombre deja de ser un agente ético, estético y político para convertirse en un instrumento técnico de otros más poderosos. La razón técnica deshumanizó la persona humana, y además, la disminuyó a la categoría de instrumento técnico para la reproducción del capital (Fromm, 1995). Se instrumentalizó al hombre y se le sumergió en una sociedad *unidimensional* (Marcuse, 1999, 173), donde el nuevo dogma es la *productividad* en la empresa de negocios. Los controles tecnológicos y los “valores culturales” se erigieron en instrumentos de dominación, manipulación y control, eliminando la posibilidad de imaginar proyectos diferentes y alternativos (p. 50). Se construyó una “vida administrada” pero con el agravante de ser considerada por los administrados —debido al adoctrinamiento— como una “buena vida”. Se trató del dominio técnico de la mente y del cuerpo a través de un *lenguaje unidimensional*⁹.

El lenguaje unificado, funcional, es un lenguaje irreconciliablemente anticrítico y antidialéctico. En él la racionalidad operacional y *behaviorista* absorbe los elementos trascendentes negativos y oposicionales de la razón [...] El lenguaje funcional es un lenguaje radicalmente antihistórico: la racionalidad operacional tiene poco espacio y poco empleo para la razón histórica (Marcuse, 1999, 127 y 128).

En la *unidimensionalidad* se evita el *cambio cualitativo* a cualquier precio. El cambio y la diferencia cualitativa son irracionales. Se unifican los opuestos, se contienen las fuerzas centrífugas y se manipulan las formas lingüísticas y los símbolos de reflexión¹⁰. Con la “racionalidad tecnológica” y el “orden objetivo de las cosas” se

⁹ Marcuse (1999) utiliza el adjetivo unidimensional con varios sustantivos: hombre, sociedad y lenguaje.

¹⁰ Marcuse (1999, 133) afirma incluso que mediante la manipulación de las formas lingüísticas y los símbolos de reflexión, la verdad se inventa, se establece y se impone.

enmascaran las contradicciones y las oposiciones del sistema económico, haciendo unidimensional lo multidimensional, como si el mundo humano no fuera en sí mismo ya un proceso dialéctico e histórico (Marcuse, 1999, 269), como si la sociedad industrial avanzada no fuera en sí misma un proyecto político específico entre otros posibles (p. 26).

La resublimación institucionalizada parece ser así un aspecto de la “conquista de la trascendencia” lograda por la sociedad unidimensional. Del mismo modo que esta sociedad tiende a reducir e incluso absorber la oposición (¡la diferencia cualitativa!) en el campo de la política y de la alta cultura, lo hace en la esfera instintiva. El resultado es una atrofia de los órganos mentales adecuados para comprender las contradicciones y las alternativas y, en la única dimensión permanente de la racionalidad tecnológica, *la conciencia feliz* llega a prevalecer (Marcuse, 1999, 109).

A esto se une la *matematización* y la cuantificación del mundo. Se llega incluso a afirmar que para sustentar la validez de conceptos como la paz, la justicia, la belleza o “lo bueno”, se debe acudir a la técnica científica. En esta interpretación unidimensional del mundo no cabe otra explicación, sólo la que emerge de la razón científica. Si los discursos y las prácticas no se sustentan en la lógica del cientificismo devienen en ideales “irracionales” y “esquizofrénicos” que deben ser rechazados y expulsados del sistema lógico-sistemático.

El *hombre unidimensional* es el resultado de todos los mecanismos de control social, así como de las relaciones de poder tejidas en su cuerpo que lo adaptan a la sociedad totalizadora. Se le construye en su cuerpo y mente una *mimesis* perfecta de los intereses dominantes, que le anulan las contradicciones y le disipan las alternativas (Marcuse, 1999, 40). Este *hombre unidimensional*, producido por la sociedad industrial avanzada, desarrolla, como lo menciona Marcuse (1999), una *conciencia feliz* que se refleja en la creencia de que “lo real es racional” y que el sistema le proporciona los bienes necesarios para su “buena vida”. Llega inclusive a “banalizar el mal” —infligir un perjuicio a

un semejante sin conciencia de culpabilidad— con la ayuda de un *super-yo* frágil y legitimado por la narrativa propia de la ideología de la eficiencia y de la maximización de la utilidad, del propio interés.

La lógica positivista, científica y la racionalidad tecnológica producen narrativas de redención y para justificar los atentados contra la dignidad del ser humano (Marcuse, 1999, 173). Las narrativas, los discursos y las ficciones racionales¹¹, entre ellas la Administración científica, sirven para controlar el cuerpo y la mente de los obreros asalariados y reducirlos a la condición de medios dentro del proceso de generación de flujos de caja para los propietarios. Sin embargo, y paradójicamente, se produce un estado de felicidad humana dentro de la dominación, la manipulación y el control: la denominada *conciencia feliz* que evita la generación de alternativas y le ayuda a los intereses dominantes.

Este contexto de la *unidimensionalidad* racionalista estuvo presente en las fuerzas que dieron origen al pensamiento administrativo. Las “cosas” y las “relaciones humanas” se organizaron técnicamente y se “racionalizaron” mediante la división y organización científica del trabajo. La Administración emergió de la lógica positivista, de la fachada de la “realidad objetiva” y de la economía neoclásica, buscando hacer más productivo el trabajo del obrero (Marcuse, 1999, 62) dentro de una supuesta “racionalidad científica neutral”¹². Sin embargo, la Administración no nació neutral, objetiva y “científica”, nació para proteger y promocionar los intereses particulares de los industriales capitalistas.

¹¹ Esto puede aparecer como contradictorio, pero no lo es desde el *perspectivismo*, ya que los productos de la razón humana son expresados bajo narrativas que utilizan el lenguaje (creación humana y por tanto artificial) para representarlas.

¹² Marcuse (1999) critica fuertemente la llamada “neutralidad” (libre de valores) de la ciencia y de la técnica con la misma rudeza que ataca los conceptos de “orden objetivo de las cosas” o “naturaleza de las cosas”. Desenmascara la lógica de dominación, del control social y de la explotación del hombre por el hombre en la sociedad totalitaria, unidimensional. Para él, la “razón” es un proceso político e histórico.

La Administración científica descansa sobre el mundo causal-explicativo embebido por los hechos, las figuras y las estadísticas. Pero esto tiene un agravante: se tiende a aplicar también a las interacciones humanas en las organizaciones, sustituyendo la ética por la técnica. Con base en los datos del pasado, se matematiza el comportamiento humano para explicarlo y hacerlo predecible, como si la persona humana no tuviera la capacidad de aprender y desaprender durante la evolución de sus estructuras cognitivas, como si no tuviera la capacidad para variar sus criterios de decisión y sus teorías o lógicas de acción en el horizonte temporal. La ciencia tiene una pretensión predictiva universal y, así mismo la Administración, con envidia hacia la física, también desea crear modelos matemáticos predictivos para el comportamiento humano.

Con esta nueva narrativa sobre la sociedad, las organizaciones y las interacciones humanas, el interés particular empezó a mostrarse como idéntico al interés general. Se construyó una *sociedad unidimensional* que, entre otras cosas, pretendía la armonización de las contradicciones sociales (Marcuse, 1999). Esta nueva interpretación del mundo, vinculada con un estilo de vida particular —el del industrial capitalista—, se legitimó mediante narrativas científicas que permitieron a la fuerza dominante ejercer el control y la administración de los cuerpos, las mentes y los bienes de las personas. Y como si esto fuera poco, abrió el camino para el acceso privado y monopolista a los recursos naturales, así como el control de los mercados financieros mundiales (Amin, 1999, 18-19)¹³.

Como solución, Marcuse (1989, 1999) propone sustituir la *racionalidad tecnológica* por la *racionalidad de la contradicción y de la imaginación*. Busca reemplazar la lógica de la dominación por

¹³ Para Samir Amin (1999) existen cinco monopolios que reproducen el capitalismo: el monopolio tecnológico, el control de los mercados financieros mundiales, el acceso monopolista a los recursos naturales del planeta, el monopolio de los medios de comunicación y el monopolio de las armas de destrucción masiva.

la *lógica dialéctica-histórica*, que es consciente de su propio contexto histórico y que reconoce la presencia de los deseos y los opuestos en los objetos y los conceptos. De esta manera, la materialidad y el mundo, se pueden interpretar y conceptualizar bajo la *conciencia* de su propio origen histórico parcial, específico, acientífico y político. Se trata de tomar conciencia de que los conceptos, incluida la racionalidad tecnológica con su fachada de objetividad universalista, hacen parte de *proyectos ideológicos e históricos*, frutos del triunfo y de la *elección* de las fuerzas dominantes que logran controlar las interpretaciones del mundo y los medios de producción en un momento y espacio determinados. La propuesta de Marcuse (1999, 169) consiste en comprender al ser humano y al mundo como hechos históricos y a las ciencias como obras de las prácticas socio-históricas humanas, vinculadas con los intereses particulares del estilo de vida dominante. De esta manera la "razón" se hace consciente de sí misma, de su origen *irracional y herético* (por atender contra la dignidad del ser humano), para tornarse en *razón histórica*, que permite los proyectos alternativos, que dialoga con las diferentes posibilidades, que evita universalizar, totalizar, *unidimensionalizar*; que propicia, sin represión, la eclosión de nuevas elecciones (Marcuse, 1999)¹⁴.

La consecuencia de esta *conciencia histórica* es que se desvela el *quién* y el *para qué* detrás del origen de las interpretaciones del mundo y de las ciencias o disciplinas. Ser consciente de la historicidad y del carácter interesado de la racionalidad tecnológica y sus derivaciones, aumenta la incertidumbre, pero también la apertura para proyectos humanísticos alternativos. Se configura una mentalidad que acoge con hospitalidad las interpretaciones del mundo humanizadas, rescatando la ética en las relaciones interpersonales y donde predomina la promoción

¹⁴ La *racionalidad histórica* se hace consciente de su origen, permitiendo la introducción del "elemento negativo", del "elemento contradictor" en la evolución del concepto. Permite la crítica, la contradicción y la trascendencia, mostrando el carácter irracional de lo establecido y propiciando un movimiento estructural en la sociedad (pensamiento liberador): *el cambio cualitativo*, que en sí mismo implica también redefinir (por ser históricas) las propias necesidades humanas (Marcuse, 1999, 253).

de las virtudes humanas y la dignidad que entiende a los seres humanos como fines en sí mismos y no como medios para la aumentar la productividad de la empresa.

3. El nacimiento de la Administración científica

Polanyi (1994) utiliza la expresión "falacia económica" para identificar esa ficción decimonónica -con amasijos de rescoldos en el siglo XX y XXI- de reducir todo al "mercado", como si la economía humana fuera equivalente al mercado. Y la mayor herejía consiste en identificar la sociedad con el mercado, creando una nueva interpretación de la vida cotidiana que olvida la ética en las relaciones humanas y rezaga los "ideales" humanos trascendentes. La falacia económica creada por el economismo, el positivismo racionalista y la *mentalidad de mercado* del siglo XIX puede expresarse de la siguiente manera:

Economía humana = Mercado = Sociedad

Esta falacia decimonónica tiene origen en la "ciencia" económica clásica y neoclásica. El pensamiento económico penetra y cubre sin piedad todos los problemas humanos. En la historia de la humanidad lo económico siempre había sido más amplio que el mercado. Es más, lo económico dependía de lo social. Pero bajo esa interpretación economicista del mundo, sustentada en la metáfora del *homo economicus*, se empieza a otorgar un nuevo sentido a "lo económico" y a "lo social". Lo económico, reducido al mercado, absorbe lo social, y se justifica y se legitima a través de las ficciones de las narrativas positivistas y economicistas.

Reducir la esfera del género *económico*, específicamente, a los fenómenos del mercado es borrar de la escena la mayor parte de la historia del hombre. Por otro lado, ampliar el concepto de mercado a todos los fenómenos económicos es atribuir artificialmente a todas las cuestiones económicas las características peculiares que acompañan al fenómeno del mercado. Inevitablemente, esto perjudica la claridad de las ideas (Polanyi, 1994, 78).

El mercado lo absorbe todo: las relaciones entre los humanos, los problemas sociales, las transacciones económicas... En consecuencia, la *condición humana* se reduce a lo físico y a la producción de riqueza material. Lo que es subjetivo, particular, parcial, interesado e histórico, se transforma ficticiamente -mediante las narrativas sin conciencia histórica- en “objetivo”, “general”, “imparcial”, “neutral”, “universal” y “ahistórico”. Esta “gran transformación” no podía ser más dramática y peligrosa: la sociedad occidental sustentada por una ficción que atenta contra el ser humano mismo; una narrativa que sostiene y legitima el sistema de mercado y el individualismo egoísta; una sociedad donde predominan el materialismo, la racionalidad tecnológica, la maximización racional de la propia utilidad y la creación de valor para los propietarios del capital, sin que preocupe el detrimento de la dimensión ética del ser humano ni la devastación de los recursos naturales.

La sociedad del siglo diecinueve estaba organizada de tal manera que hacía del hambre o del simple deseo de ganancia motivos suficientes para que el individuo participara en la vida económica. La imagen resultante de un hombre regido solamente por incentivos materialistas era totalmente arbitraria. Por lo que respecta a la *sociedad*, la doctrina pareja fue que sus instituciones estaban “determinadas” por el sistema económico (Polanyi, 1994, 84).

Polanyi (1994) identificó el momento histórico donde se *invertieron los valores* del ser humano, creando nuevas ficciones para sustentar la nueva sociedad industrial y el estilo de vida del industrial capitalista. Pero esto es un salto negativo, ya que fractura el pensamiento tradicional ético que el hombre tenía sobre sí mismo. El hombre es aprehendido y absorbido por el mercado. La nueva lógica implica interpretar todo en función de este. Y este nuevo autómatas, *el mercado autorregulado*, genera miedos y la necesidad del trabajo asalariado: el temor a la inanición implica que la gran masa de dislocados sin recursos con “sus manos pegadas al cuerpo” tengan que vender su fuerza de trabajo dentro de los mecanismos del mercado.

Ahora bien, el crecimiento de los mercados, por virtud del aumento del comercio internacional, así como por la democratización del consumo y la disminución de los precios debido a la mayor competencia durante los siglos XVII, XVIII y XIX, *impulsaron la necesidad de encontrar una mayor eficiencia en la producción que mantuviera los márgenes de beneficio* (Weber, 1976, 264-265). Para lograr esta eficiencia fue necesario crear una “masa de reserva” de obreros asalariados de bajo costo, que ejecutaran sin más las órdenes del patrono. Esto se inició, por un lado, dislocando los campesinos y los artesanos para lanzarlos al mercado de trabajo como obreros pobres y, por otro, incentivando la invención de máquinas para aumentar las velocidades y reducir los costos de producción.

Adam Smith (1995) propuso en *La riqueza de las naciones*, publicado en 1776, que es la naturaleza humana, utilizando el egoísmo de cada individuo (y la *mano invisible*), la que contribuye al bienestar económico general. La búsqueda egoísta de la propia riqueza y de la felicidad individual, benefician a toda la sociedad¹⁵ y propician una “armonía” entre las diferentes fuerzas sociales. Sin embargo, esta narrativa, por la evolución de los conceptos, terminó favoreciendo una ficción que presentaba los intereses de una clase como beneficiosos para la comunidad en general, por la vía de la “mano invisible” y la falacia denominada “efecto derrame”¹⁶. Esta perspectiva, exacerbada por los intérpretes de Smith¹⁷, no es más que una redención anti-ética del “hiper-egoísmo patronal”.

¹⁵ Una perspectiva o propuesta que ya había aparecido en un libro de 1714 denominado *La fábula de las abejas* de Mandeville (1982).

¹⁶ Según Stiglitz (2004), el FMI utiliza la frase “efecto derrame” para justificar el enriquecimiento de unos pocos dentro de un país. Es una especie de evolución o mejor de mutación perversa de la “mano invisible”.

¹⁷ Si *La riqueza de las naciones* es abordada después de conocer *La teoría de los sentimientos morales*, se podrían concluir cosas distintas sobre el pensamiento de Smith, incluyendo la compasión, la empatía y el altruismo como elementos importantes en su obra. Sin embargo, por tradición hemos recibido esta interpretación sobre la “racionalidad” y la “bondad” del carácter egoísta de la acción.

Obsérvense las palabras de Galbraith acerca de la falacia del egoísmo como una fuerza que beneficia a la sociedad en general:

¡Qué redención, qué transformación tan extraordinaria! Nunca en la historia se había prestado semejante servicio a la inclinación personal. Y este favor sigue vigente en la actualidad (Galbraith, 1992, 78).

La racionalidad tecnológica, economía liberal, el mercado, la mano invisible, el ya desprestigiado efecto derrame y el *homo economicus* constituyen el contenido de la historia de una ficción moderna que se convirtió en una “verdad” con pretensión de eternidad y de universalidad. Se trata de una justificación para elevar a “virtud” el interés egoísta del industrial capitalista, que busca premiar las virtudes laborales sobre las virtudes humanas, y que inserta su visión del mundo en un materialismo espiritual inventado por la ética calvinista. Se reduce la motivación humana a lo extrínseco y se anula la motivación contributiva y la solidaridad.

Cada sociedad cuenta con un sistema de pensamiento fundado no en la situación real, sino en aquello que agrada y conviene a los intereses dominantes. El hombre económico cuidadosamente calculador, dedicado a la obtención del máximo placer, descrito en la economía política clásica, no pasa de ser **una creación artificial**; en realidad, la motivación humana es mucho más diversa (Galbraith, 1992, 188). (Resaltado para este trabajo).

El ascenso histórico de la burguesía requirió de la reinterpretación de la religión y del apoderamiento del Estado. Esto con el objetivo de proteger los intereses y las condiciones de su nuevo estilo de vida, que promocionaba el individualismo y el materialismo económico. Y como si esto fuera poco, las ideas de Spencer (citado por Galbraith, 1992, 135-137) agravaron el problema, ya que trasplantaron el darwinismo a la esfera social (darwinismo social), para dar a entender que la selección natural también era aplicable a las relaciones entre los seres humanos, específicamente en el sentido de que los más fuertes y los mejores eran quienes debían

sobrevivir, predominar y detentar las riquezas y el poder.

Al poner de relieve que **los ricos eran producto de la selección natural** dentro del proceso darwiniano, Herbert Spencer, como se recordará, había eximido al elemento pudiente de todo sentimiento de culpa, haciéndole comprender, **por el contrario, que sus privilegios eran la encarnación de su propia excelencia biológica**. A la vez, con esto **se había eliminado todo sentimiento de obligación o de preocupación con respecto a los pobres** (Galbraith, 1992, 181). (Resaltado para este trabajo).

Hacia finales del siglo XIX ya se habían consolidado los presupuestos para el crecimiento sin fricciones del capitalismo moderno, que protegió y promocionó los intereses particulares de una determinada interpretación del hombre y del mundo, la del industrial capitalista. Sin embargo, paralelamente y como contrapartida, los movimientos obreros aumentaron las presiones sobre los salarios y sobre las condiciones materiales del trabajo (Aktouf, 2001), conduciendo a un aumento en los costos de producción y generando lo que Marx (1974) denominó “disminución tendencial de la tasa de utilidad”.

Para finiquitar el andamiaje necesario que preserva las nuevas condiciones de vida ya dominantes, se inventaron narrativas adicionales como la denominada Administración científica, que justificó y legitimó la dominación, la manipulación y control de los cuerpos de los trabajadores asalariados en aras de una mayor eficiencia y productividad, que, según Taylor, y al estilo de la *mano invisible* y del *efecto derrame*, también beneficiaría a los obreros y a la sociedad. La ciencia de la Administración presentada como una nueva “mano invisible”.

Ahora bien, ahí parece estar el nudo gordiano de la explicación de esta repentina, y bilateral aparición de la ciencia del *management* y de la administración industrial y general. Las razones para ello son, en mi opinión, muy simples y claras. Con la promulgación (por razones una vez más, esencialmente electorales) de leyes

que impusieron un mínimo respeto al trabajo y al trabajador (tales como salarios mínimos, condiciones de higiene y de seguridad, vacaciones pagadas, protección en caso de enfermedades o accidentes, horarios más estrictos, reposo semanal y otros) el productor industrial se encontró poco a poco frente a un problema inusitado: estructuras de costos de producción más elevadas, y con esperanza de utilidades -con trabajo llevado de la misma forma-, cada vez más reducidas (Aktouf, 2001, 163-164)¹⁸.

Es en ese contexto de finales del siglo XIX y de comienzos del siglo XX cuando nace formalmente la Administración científica, específicamente con la obra de Taylor en 1911, y luego, frente al trabajo directivo, en 1916 con Fayol. Ahora bien, e independientemente de lo que él mismo expresara en su obra, el *interés oculto* de Taylor era mantener y potenciar productividad laboral para alcanzar *la maximización de la utilidad y el beneficio económico para los industriales capitalistas*. Su concepción era la utilización de la persona humana como un medio y como un recurso. El contexto de reducción de las utilidades, de disminución de los precios, de aumento de las rigideces laborales, de aumento de los competidores y de la oferta de productos produjo la necesidad de mejorar la eficiencia operacional de las empresas. La Administración científica emergió, entonces, como la solución racional y técnica para esos problemas: la reducción de los costos de producción por vía de la productividad laboral con apoyo en el control disciplinario de los tiempos y los movimientos del cuerpo de los trabajadores.

En efecto, entre más producción haya en menos tiempo, más rentable será. Por eso, Taylor y Fayol surgieron en el momento preciso, con una idea general, que constituirá el fundamento y, de lejos, el principal hilo conductor de la ciencia empresarial, incluso hasta nuestros días: **organizar el trabajo, para hacerlo producir siempre más, por unidad de tiempo** (y esto, desde luego, fuera del control y de la voluntad

de los trabajadores) (Aktouf, 2001, 164-165) (Resaltado para este trabajo).

En su origen, esta nueva disciplina apuntó a la conservación y a la protección exclusiva de los intereses económicos dominantes de unos pocos capitalistas industriales. Taylor enmascaró con “ciencia” y “técnica racional” el interés particular de los patronos industriales. Sin embargo, el problema fundamental de esta perspectiva es de carácter ético: la interpretación subyacente en el pensamiento administrativo prístino implicó una concepción reducida de la naturaleza humana (la del *homo economicus*) y la instrumentalización del trabajador asalariado. El ser humano fue interpretado como un medio para la productividad y para la maximización del beneficio económico. Por el contexto histórico en el que surgió y por los intereses dominantes y ocultos en sus lógicas de acción, la Administración científica tuvo un origen herético (Aktouf, 2001). Encubrió racionalmente un sentido deshumanizado del trabajo y de la dinámica interna de las organizaciones. Nació con la finalidad de solucionar el problema de la competencia, la disminución de los precios y del aumento de las presiones salariales y las exigencias por mejores condiciones de trabajo. Surgió en un momento histórico donde las preguntas fundamentales eran: ¿Cómo acrecentar el beneficio en un entorno donde aumentaban los costos laborales? ¿Cómo aumentar la producción por unidad de tiempo (el rendimiento del trabajo)?

Lo que impulsa el surgimiento del pensamiento administrativo es una ideología que busca legitimar en la sociedad la maximización racional de la propia utilidad y el predominio de la creación de riqueza para los propietarios, en detrimento de la solidaridad y la cooperación. La persona humana es transformada en un medio para lograr la rentabilidad. Pero lo más interesante es que la Administración surge como una narrativa que cumple la función de borrar los remordimientos de conciencia de los directivos y de los empresarios, ya que emerge como una lógica de acción enfundada en el aura de la “ciencia”. Incluso para acallar la ya

¹⁸ En Polanyi (1992) se describe igualmente este proceso histórico, especialmente en los capítulos XVI-XVIII, pp. 195-219.

fracturada conciencia moral del *homo economicus*, justificando sus decisiones, por inhumanas que parezcan, en el cálculo frío de la “razón”.

Es una narrativa redentora, que fundamentada en la racionalidad técnica, en el *homo economicus* y en el mercado, establece como centro del sistema al hombre *managerial*, que, como Benjamín Franklin, emprende una búsqueda descarnada hacia la excelencia de las virtudes laborales (De Gaulejac y Aubert, 1993; De Gaulejac, 2005), en reemplazo de la excelencia moral basada en la virtud humana. El directivo o administrador se erige como el estabilizador del sistema. Además, busca desesperadamente comportarse de acuerdo con el objetivismo científico de la medición y del cálculo. Torna su oficio en ciencia bajo falsa convicción y la creencia de que las personas y las organizaciones son cuerpos y espacios donde las técnicas-racionales y las causas y los efectos funcionan de manera mecánica.

4. El eterno retorno de lo mismo en el pensamiento administrativo

A continuación se examinan unos ejemplos de la dinámica actual del capitalismo globalizado. El objetivo es vincular la indagación anterior acerca del origen de la Administración científica con su continuidad en los discursos y prácticas actuales. En otras palabras, mostramos algunos casos en donde observamos la operatividad práctica del positivismo científico, la racionalidad tecnológica, la deshumanización en las empresas, la maximización del beneficio económico y el *homo economicus* que legitima la idea del egoísmo, y del “gerente héroe”, quien todo lo quiere para sí y ante sí, como buscando ser dueño del espacio infinito, que entiende los negocios y “la estrategia como una guerra” como “combates en esos mercados que no son más que campos de batalla”, y donde él debe predominar para mandar y controlar al estilo de un general que busca crear ficciones en las mentes de los enemigos para disminuir las fricciones en su camino hacia la victoria.

Pero tú sueñas con gobernar la inmensidad, someter a las bestias del génesis, domar la

serpiente de agua, vencer a los reyes de la selva, subyugar a las guerreras desnudas, y no puedo anunciarte nada bueno: sufrimiento y locura será lo único que encuentren tú y tus soldados (Ospina, 2008: 359).

Las recetas del FMI se intensifican en la última década del siglo XX como nuevas narraciones o ficciones contemporáneas para la conservación y promoción del *homo economicus*, ahora representado por el capitalista financiero cortoplacista. Los denominados *ajustes estructurales* se caracterizaron por la dureza y la rigurosidad racional, obedeciendo al fundamentalismo de mercado. Recuérdense los dogmas deificados del FMI: *liberalización (desregulación) del mercado de capitales, atracción de capitales extranjeros, tasas de cambio flexibles, apertura comercial, disciplina fiscal, flexibilización laboral y privatización de las empresas estatales*. Pero hay un problema grave en la justificación que el FMI elabora cuando no se dan los efectos esperados: se inventa una narrativa científicista atribuyendo el error a la implementación del gobierno que las aplicó, es decir, culpabilizando el “cómo” y no el “qué”. Su lógica técnico-racional, además, se disfraza con la sofisticación de las ecuaciones matemáticas y de la econometría para darle un aura y una apariencia “científica” a los pronósticos sobre el impacto de las políticas. Sin embargo, los modelos matemáticos predictivos no difieren de la consulta al oráculo de Delfos o a la bola de cristal de una bruja medieval (Orrell, 2008a), ya que, por la evolución histórica errática y los hechos imprevistos, el pasado disminuye su importancia como elemento de predicción en el campo de las ciencias sociales y humanas. En otras palabras, a pesar del sustento científico y matemático de los pronósticos económicos, no se encuentra muy clara la diferencia entre predicción y ficción (Orrell, 2008a), y especialmente bajo situaciones y circunstancias extremas o de inestabilidad (Taleb, 2008).

El FMI, el Banco Mundial, la OMC, la Secretaría del Tesoro de Estados Unidos, la Federal Reserve y Wall Street actúan de manera coordinada. Su objetivo es potenciar la movilidad de los

capitales con el objetivo de que aprovechen las oportunidades de inversión de corto plazo, amplifiquen los mercados de instrumentos derivados, abran los mercados para las empresas multinacionales y realicen inversiones de capital a menores costos. Es un fenómeno que se ha denominado “financiarización” de la economía norteamericana (Phillips, 2008), con el cual se busca desregularización y la protección a ultranza del sector financiero, y la creación y mantenimiento de la riqueza mediante activos financieros; también llamado “mercantilismo financiero”, que se destila en la Administración a través de los libros de texto estadounidenses.

Esta mentalidad financiera cortoplacista produjo una burbuja crediticia en los mercados de los Estados Unidos, que con la utilización especulativa de los productos derivados, generó la crisis inmobiliaria con inicios a mediados de 2007 (Morris, 2008). Wall Street se “emborrachó” (según las palabras del presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, el 18 de julio de 2008 en Houston, Texas), y por efecto de esa embriaguez codiciosa, cobijada por el aura de nuevos tipos de hipotecas y los sofisticados productos derivados (las hipotecas sub-prime y su titularización inmobiliaria), propulsó sus fuerzas extractoras hacia la clase media y baja estadounidenses, desencadenando una de las financieras más grandes de la historia del capitalismo. La causa de la crisis fue la codicia y la especulación del *homo economicus* residente en Wall Street. Y, paradójicamente, aun en contra de la predominante ideología de mercado, los mismos conservadores en materia económica, hablan hoy de la importancia de la intervención estatal con recursos públicos y de regulación y supervisión más estrictas... pero ¿no se auto-regulaban los mercados?

Otro ejemplo es la *deslocalización* internacional de las manufacturas que se presenta como una solución universal al problema permanente del aumento de los costos de producción y la disminución de los precios, que “atentan” contra la maximización del beneficio y la creación de valor económico para los propietarios. Los países pobres compiten a “muerte” entre sí por el

cumplimiento de las condiciones de “elegibilidad” para ser destinatarios de la inversión extranjera directa. Estas políticas, fuerzas económicas y efectos esconden y continúan enmascarando la lógica de la explotación de los seres humanos de ingresos bajos, quienes buscan desesperadamente cualquier trabajo para sobrevivir (Aktouf, Chenoufi & Holford, 2005), como si se tratara de una replicación contemporánea del proceso histórico de dislocación humana causado por el capitalismo moderno en sus orígenes: en los países pobres se producen hoy desplazamientos violentos del campo a la ciudad para aumentar la oferta de la mano de obra urbana, disminuyendo los salarios.

No se trata sólo de un discurso de costos bajos por vía de la eficiencia o excelencia operativa, sino que se trata más bien de una ideología financiada y propagada por las empresas financieras de Wall Street, coadyuvadas por el FMI, el Banco Mundial, la OMC y el gobierno de los Estados Unidos. Mediante movimientos internacionales de capital de corto plazo se generan crisis financieras en países “elegidos” que terminan por devaluar su moneda doméstica (por efecto del ajuste estructural), lo que permite que las empresas estadounidenses “salgan de compras” a precios bajos (adquieren las mejores empresas en el país en crisis a precios de ganga), tal como ocurrió en Corea del Sur en el año 1998 (Chossudovsky, 2003). Los inversionistas del capitalismo financiero cortoplacista están atentos a las intenciones “serias” de los directivos para *disminuir los costos laborales* mediante, por ejemplo, el cierre y traslado de las fábricas a países con menores costos laborales relativos (*downsizing*, *outsourcing internacional* y *restructuring*). Cuando perciben “expectativas racionales” acerca de mayores ingresos y beneficios futuros se aumentan las inversiones en esos títulos, y por esta vía se aumentan los precios de las acciones en la bolsa de valores. En este sentido, los directivos, con sólo anunciar el traslado de la producción a un país en vías de desarrollo con costos laborales mucho más bajos, o al realizar despidos masivos en el país de la casa matriz (p. ej. Estados Unidos) o en países de desarrollo medio (p. ej. cerrando fábricas en los países latinoamericanos), generan expectativas positivas en los inversionistas

financieros, aumentando el precio de la acción. Recuérdese que el mercado bursátil de acciones es un mercado de expectativas acerca del crecimiento futuro de los ingresos y los beneficios de las empresas cotizadas.

Otro caso: Las empresas de salud privadas enfrentan una tensión entre su obligación legal de buscar el beneficio máximo para sus propietarios y la prestación de servicios oportunos de alta calidad para sus clientes. Pero la lógica en este sector es que mientras menos servicios se presten, mayores los beneficios económicos para la empresa (Lakoff, 2008; Guarnizo et al., 2008). En otras palabras, es un negocio donde paradójicamente el servicio al cliente va en detrimento de los beneficios económicos; se producen flujos de caja positivos negando los servicios de salud a sus clientes. Las pre-existencias se han erigido en un argumento fundamental para negar el servicio (Obama, 2008). Algunas veces es demasiado tarde: la muerte de un cliente de ingresos bajos y de avanzada edad, puede ser más barata que la indemnización derivada por la eventual negación del servicio, ya que los jueces, para calcular los perjuicios, utilizan fórmulas matemáticas basadas en la esperanza de vida y en los ingresos de la persona concreta. Las empresas conocen de antemano cuánto les cuesta el procedimiento, pero también a cuánto podría elevarse la indemnización por la eventual muerte del paciente. En Colombia, por ejemplo, basta mirar el número de tutelas que se generan por la negación o la demora en los procedimientos quirúrgicos. Según Guarnizo *et al.* (2008), la salud es un derecho constitucional, pero que se dirige y funciona bajo la lógica de la racionalidad economicista y de la eficiencia económica y financiera que tiende a disminuir la calidad y a excluir a las personas de bajos recursos: se ha extendido la instrumentalización del ser humano hasta las relaciones con los clientes.

Otro caso: Se envían soldados a la guerra de Irak para aumentar los beneficios de las empresas petroleras de los Estados Unidos (Lakoff, 2008). Esto, aunado a la depreciación del dólar estadounidense, aumenta los precios del petróleo y permite generar beneficios record -para las

petroleras- en un entorno de recesión económica (2007-2008). Y los directivos y en especial los presidentes reciben bonos multimillonarios. Pero estos incentivos extrínsecos son injustos. Los beneficios aumentaron porque el precio del petróleo aumentó y esto tuvo causas en hechos exógenos, externos, ajenos a la gestión del presidente de la empresa (esto mismo pasa cuando disminuyen las tasas de interés que tienen un efecto positivo sobre el precio de la acción en la bolsa de valores). Mientras los directivos de las petroleras se enriquecen con sus bonos no merecidos y aumentan los dividendos de los propietarios, mueren soldados en Irak (Lakoff, 2008). Se instrumentaliza al ser humano para favorecer los intereses económicos de unos pocos.

¿Fueron traicionadas las tropas? ¿Fueron las tropas a pelear y a morir, a ser heridos, rompiendo sus matrimonios por los beneficios de las empresas petroleras? ¿Dirían nuestras tropas, “está bien, estamos poniendo nuestras vidas al frente del cañón por Hunt Oil y por Exxon Mobil”? O lo verían ellos como una traición a nuestros hombres y mujeres en uniforme y a sus familias, una traición de sus sacrificios, día a día, mes a mes, año a año, y para algunos ¡por siempre! Los niños creciendo sin padres o madres. Hombres y mujeres sin piernas o brazos o caras por los beneficios de las compañías petroleras (Lakoff, 2008, 154)¹⁹.

Estas son algunas de las maneras como los inversionistas cortoplacistas de Wall Street y las grandes corporaciones multinacionales -en el afán exuberante de maximizar beneficio económico en el corto plazo- tienden a vulnerar la dignidad humana. Realizan despidos masivos y cierran fábricas aduciendo los dogmas de la productividad, la competitividad, eficiencia económica y operacional, y el valor de la acción. No importa la vida de una persona que pende de un procedimiento quirúrgico, no importa la vida de miles de soldados, no importa el trabajo que da sustento a muchas familias, lo que importa es que las personas no vulneren ni disminuyan la

¹⁹ Traducción libre.

rentabilidad, el costo de capital, los flujos de caja o el EBITDA. Hoy se continúa con la interpretación y la lógica de acción presente en la Administración desde su origen: las personas son un medio y un recurso para la productividad de la empresa.

Es un problema de la ideología subyacente de la Administración, de la manera de pensar, de los modelos mentales que continúan atados a la “razón moderna”, al positivismo (Hamel, 2007), al iluminismo del siglo XVIII (Lakoff, 2008). Los conceptos han evolucionado pero bajo una única lógica, la *unidimensionalidad* del cientificismo moderno embebido en la ideología gerencial contemporánea. Las fuerzas que dieron origen a la Administración se han petrificado en los conceptos que hoy usamos, no han cambiado, continúan deshumanizando la dinámica de las organizaciones. Su esquema actual, dominado todavía por una tendencia hacia el cálculo racional cuantitativo, la ideología gerencial, la maximización de la utilidad y la *matematización* del comportamiento, busca instrumentalizar al ser humano y generar una insensibilidad social en los directivos, que viven en medio de un mundo (latinoamericano) plagado de problemas como el sufrimiento, la humillación, el desempleo, la pobreza, la miseria extrema, la explotación, la injusticia, la falta de oportunidades socioeconómicas y la desigualdad social.

Al parecer, la responsabilidad social empresarial (RSE) y la ética de los negocios, surgen en la actualidad como respuestas de la Administración frente a estas denuncias, pero en algunos casos, nuevamente, como narrativas para compensar y redimir los comportamientos de esa criatura ficticia denominada *homo economicus*. Algunas de las nuevas narrativas de la RSE continúan alineadas con la creación de valor económico para los propietarios, bajo el argumento, por ejemplo, de que en el largo plazo la ética y la RSE aumentarán la cuenta de resultados. Los supuestos y las creencias que dieron origen a la Administración científica han prolongado su alcance hasta nuestros días. Se sigue encadenado a la fuerza del positivismo cientificista (Hamel, 2007) y se legitiman, como antes, el discurso y las prácticas gerenciales con la racionalidad tecnológica unidimensional de

pretensión universal. Se conserva el modelo mental que reduce a la persona humana a la condición de recurso y medio para la productividad y para la creación de valor económico. Continuamos confundiendo los medios con los fines, ya que la causa final de las organizaciones no es la maximización del beneficio económico sino el desarrollo de las personas.

5. Reflexión para repensar la Administración

La racionalidad técnica con pretensión de objetividad y neutralidad que aún domina el discurso administrativo, ha sido una herramienta para ocultar intereses de un estilo de vida determinado: el de los grandes capitalistas industriales y últimamente el de los inversionistas financieros. Esta fuerza dominante excluye la dimensión ética de las relaciones entre las personas en las organizaciones, y pone en el medio la técnica científica de los métodos causal-explicativos. El peligro es que las *teorías* no sólo explican el mundo sino que también lo afectan; impactan en la realidad dándole forma, configurándola en función de los supuestos, las creencias, las convicciones, las ideologías, los paradigmas, el inconsciente cognitivo (Lakoff, 2008), los modelos mentales y las lógicas de acción que hay detrás de ellas (Ferraro, Pfeffer & Sutton, 2005; Ghoshal, 2005). Las teorías producen profecías auto-realizadas²⁰ (Ferraro *et al.*, 2005), es decir, el hombre práctico, predeterminado por las teorías, actúa e influye en el mundo. Las percepciones, filtradas por las creencias, determinan nuestros pensamientos y nuestros pensamientos determinan nuestros actos... “¿Cuál es el contenido y la calidad de mis creencias y convicciones como ser humano y como directivo?”

Hemos sido “domesticados” en las relaciones medios-fines, causas-efectos, en la “mentalidad de mercado”, en la racionalidad tecnológica, llegando incluso al extremo de querer adjetivar todo con

²⁰ *Self-fulfilling prophecy.*

la palabra “mercado”: democracia de mercado, política de mercado, derecho del mercado, precios de mercado, salarios de mercado, fuerza de mercado, pasiones de mercado, razones de mercado, emociones de mercado, besos de mercado, amor de mercado... o como lo expresara Fromm (1995, 126):

La relación concreta de un individuo con otro ha perdido su carácter directo y humano, asumiendo un espíritu de instrumentalidad y de manipulación. En todas las relaciones sociales y personales la norma está dada por las leyes del mercado.

Y Polanyi (1994, 86), denunciando el economismo racionalista afirma:

Hacer de la sociedad un conjunto de átomos y de cada individuo un átomo que se comporta según los principios del racionalismo económico, colocaría el total de la existencia humana, con toda su riqueza y profundidad, en el esquema referencial del mercado. Afortunadamente, no puede lograrlo: los individuos tienen personalidades, y la sociedad tiene una historia. La personalidad se forma a partir de la experiencia y la educación; la acción implica pasión y riesgo; la vida exige fe y creencia; la historia es lucha y engaño, victoria y redención.

El ser humano continúa actuando en el siglo XXI con la mentalidad del Iluminismo racionalista del siglo XVIII (Lakoff, 2008). Pero la persona humana no es sólo razón técnico-racional economicista y *homo economicus*; también es un ser integral (cuerpo y mente) multidimensional con ideas, sentimientos, emociones, pasiones, deseos, que busca un sentido para su vida y para su trabajo no reducible a lo económico. La persona humana es cuerpo y mente, y fluyen en ella tanto la razón como la emoción; en sus acciones operan las fuerzas de la irracionalidad, de las pasiones, pero también de la solidaridad, del altruismo (Dixit y Nalebuff, 2008), del equilibrio, de la cooperación (Orrell, 2008b) y de la empatía (Lakoff, 2008). La metáfora del agente racional que actúa con base en su propio interés *maximizador* no es omnipresente

y, por ejemplo, no opera necesariamente en las decisiones que implican la materialización de pérdidas, ni tampoco en las situaciones en las que existen grandes compromisos con el pasado y el *status quo* (Brafman y Brafman, 2008; Kahneman y Tversky, 1979).

La naturaleza humana no obedece a las modelizaciones simplificadas de la teoría económica de agente racional (Lakoff, 2008, Orrell, 2008b). Obedece más, por ejemplo, a los postulados de la *Nueva biología* que desvela cómo *las creencias* controlan el cuerpo y que la vida es un *viaje cooperativo entre individuos* (como el cuerpo mismo en términos de las células) que se programan mutuamente en armonía y colaboración para la alegría y el sentido común colectivo (Lipton, 2008). Ya no se trata de la supervivencia del individuo más fuerte (darwinismo social) sino de la supervivencia de la comunidad en red y del grupo a través de la cooperación en las relaciones simbióticas (Lipton, 2008; Orrell, 2008b). La teoría económica ha venido evolucionando para incorporar la dimensión de la interacción humana en la realidad económica, incluyendo los beneficios de la contraparte como motivación para el intercambio (Gui, 2000). A este fenómeno se le ha denominado la *racionalidad social* del agente económico, donde las relaciones interpersonales (interacciones humanas) tienen un valor intrínseco importante para la toma de decisiones racionales (Ash, 2000).

El discurso administrativo ha olvidado las fuerzas y las teorías que le dieron origen. Se halla en un estado de inconsciencia histórica y se ha habituado a tomar como “verdaderas, objetivas y universales” las ficciones, narrativas, discursos que han ocultado intereses particulares y modos de ser específicos, en este caso, el estilo de vida de los grandes capitalistas industriales y de los inversionistas financieros de los países desarrollados, que, por lo demás, continúan exigiendo empleados con cuerpos y mentes dóciles y disciplinadas.

La persona, las organizaciones y la sociedad son realidades en interacción mucho más amplias que las parcialidades del mercado, la productividad,

lo racional, lo económico, lo financiero y lo cortoplacista. Es importante reconocer que la Administración no se reduce a una ciencia racional cuantitativa, sino que también es *un oficio y un arte* (Mintzberg, 2005) que lidia con la incertidumbre y donde influyen, en todo momento, la intuición, la emoción, la experiencia, lo cualitativo, las teorías de acción y los modelos mentales. La dirección implica integralidad e interacciones dentro del sistema y entre sistemas. Ahora bien, debemos ser cautelosos de no magnificar la experiencia, ya que puede ser de baja calidad (esto es aplicable incluso a quien haya sido el presidente de la empresa más grande y rentable del país o del mundo) y, además, debemos tener cuidado de no caer en el *empirismo ingenuo* (Taleb, 2008), que generaliza a partir de las experiencias específicas y que legitima las decisiones con base en los hechos particulares pasados. Este error se ha tornado común en la gestión de las empresas.

La aproximación genealógica hace consciente lo que ha actuado desde el inconsciente y se cuestionan los supuestos tradicionales que han frenado la emancipación del ser humano en las organizaciones y en la Administración. El *pensamiento crítico* (Adorno, 2005) puede insertarse en la mentalidad de los directivos contemporáneos, de modo que cuestionen la *ideología gerencial* que determina su lógica de acción actual. Si se abre la posibilidad para supuestos y modelos alternativos podrían construirse teorías competidoras que den forma a comportamientos directivos humanizados. Por ejemplo, se podrían incorporar teorías que partan de la especificidad contextual, de la solidaridad, de la colaboración, de la integralidad del ser humano, de la dignidad humana, de la conciencia del impacto de las propias acciones en los demás y en el medio ambiente; una perspectiva regida por las *virtudes humanas* en sustitución del interés propio y del egoísmo, una lógica que reemplace la codicia, el propio interés y la arrogancia.

Por una parte, hay que rehabilitar la finalidad real de la empresa, que es no la de distribuir los beneficios más elevados sino la de innovar, crear riquezas, ofrecer productos y servicios que

necesita la sociedad: el beneficio es el medio, no el fin de la empresa (Lipovetsky, 2005, 258)²¹.

La organización empieza a interpretarse como un medio para el desarrollo del ser humano y esto cambia la perspectiva con la que se abordan los temas empresariales. Por ejemplo, es importante incorporar a los discursos y a las prácticas administrativas las voces que postulan la estrategia ya no en términos de “cómo competir para sobrevivir en el campo de batalla” (utilizando la jerga militar) sino “cómo cooperar para hacer crecer el mercado” (Dixit y Nalebuff, 2008) o “cómo propulsar las redes sociales y los efectos de red sinérgicos y cooperativos con el objetivo de beneficiar a todos los participantes” (Orrell, 2008b), siempre bajo modalidades ganar-ganar. La estrategia ya no como un instrumento o herramienta para la mistificación de la gerencia o del poder del vértice ni como una receta para disciplinar con controles y sanciones a los empleados. Por el contrario, como un flujo dialógico arriba-abajo (*top-down*) y abajo-arriba (*bottom-up*) con todos los colaboradores, impulsando procesos participativos que, además, generan un compromiso mayor con el proyecto empresarial (Mantere y Vaara, 2008). Una estrategia que elimine tanto las imágenes militares como las narrativas sobre la majestuosidad gerencial; donde se mitigue el lenguaje, las palabras y los discursos orientados a la reproducción de la hegemonía jerárquica, mística, heroica y omnipotente atribuida a la alta dirección por la vía de la formulación no-participativa (*top-down*) de la estrategia.

6. La investigación y la enseñanza

La *investigación* en la Administración viene escuchando e incorporando los gritos positivistas que buscan la neutralidad, la objetividad, la validez externa, la rigurosidad cuantitativa y la replicación de los resultados por otros investigadores, como buscando excluir la subjetividad y la capacidad de interpretación del ser humano. Como si fuera posible una investigación apartada de las convicciones y de los modelos mentales

²¹ Para esta última frase, Lipovetsky hace referencia a James O'Toole: *Le management d'avant-garde* (1988).

particulares operantes en cada investigador. Como si este tuviera la cualidad mágica de convertirse en máquina de descubrimientos neutrales brotados de la realidad. Esos gritos academicistas abogan por la aprehensión y comprensión de la realidad de las organizaciones sin que sea perturbada la “objetividad” (las cosas tal y como son); como si el investigador (un ser humano) -con sus circuitos neuronales específicos, con sus manos, con su cuerpo y con sus intereses particulares- pudiera convertirse en una caja de resonancia con la capacidad para replicar exactamente los ecos y los objetos que observa en las empresas y en el mercado.

Existe una irracionalidad exuberante en la investigación por la *rigurosidad* de las metodologías cuantitativas y por la frialdad de la estadística. Sin embargo, los modelos eclécticos, combinando las aproximaciones cuantitativas con las cualitativas, han sido una solución más eficaz (Eisenhardt, 1991; Patton, 2002; Shah & Corley, 2006). Y la *relevancia* ha de ser contextualizada, en función de la cultura y las características propias de cada país, región, organización o de cada situación. No hay que dejarse abrumar ni nublar por las lógicas unidimensionales con pretensiones predictivas y universales, en ocasiones ocultas bajo la fachada de la rigurosidad y la relevancia.

La administración debe ser más una teoría generada **alrededor de las especificidades culturales de los pueblos** que la practican, que una teoría de validez universal como tradicionalmente se ha pretendido (Muñoz, 2002, 9)²². (Resaltado para este trabajo).

Gran parte de las *escuelas de administración* se han adherido al cientificismo, al academicismo cuantitativo dominante y al fundamentalismo del “mercado neoliberal”, protegiéndose con el aura mágica de la sofisticación y modelización matemáticas, necesarias, además, para publicar en la mayoría de las revistas académicas anglosajonas.

²² Cita del prólogo de Rodrigo Muñoz Grisales al libro de Aktouf.

Si intentáramos resumir lo esencial de los reproches dirigidos a las *business schools* y a su «producción» privilegiada, el MBA, parecería como su mayor pecado el considerarse «sabias» gracias a la búsqueda permanente para hacer cada vez más «científico» un dominio en el que la experiencia práctica, el buen sentido, la intuición, el cuidado de lo concreto, la calidad de la relación con el otro [...] son más determinantes que la perfección de los «modelos» y de las técnicas de cálculo más sofisticadas (Aktouf, 2002, 33).

La teoría determina las prácticas. El cientificismo académico impacta en los procesos de aprendizaje. La enseñanza de la Administración reproduce sus lógicas de acción, extendiéndolas hasta el mundo práctico de las empresas. *Primero*, se domestica la mente del estudiante en una fuerte *cultura positivista*: “existen hechos, objetivos manipulables por mi acción racional orientada a crear valor económico para los propietarios” o incluso se promociona en las aulas de clase la ya frase célebre “lo que no se puede medir no se puede administrar”. *Segundo*, se genera un proceso de identificación “objetiva” de los problemas, presentando soluciones técnicas bajo un modelo racional causal-explicativo de carácter universal (recetas). Esto, como centro de la enseñanza, deja incompletas desde la universidad las cualidades del directivo en su oficio: el criterio prudencial, la sabiduría práctica²³, el pensamiento crítico, el diagnóstico con humildad, la gestión de dicotomías y tensiones, la implementación con sentido ético, el impacto de las decisiones en los demás y en el medio ambiente, “hacer hacer” y “dejar hacer” con un sentido valioso. *Tercero*, se mitiga la importancia de la dirección de las personas en la organización con un sentido ético y de respeto por la dignidad humana. Pero las escuelas de administración,

²³ La *sabiduría práctica del directivo* implica evaluar diferentes alternativas en términos de sus consecuencias plausibles en el corto y en el largo plazo, así como filtrar las alternativas a través de criterios cualitativos y cuantitativos, teniendo en cuenta el impacto de las acciones en la organización, en las circunstancias específicas y lo más importante, en las demás personas (incluyendo los empleados y los clientes). La virtud de la moderación es el eje fundamental del criterio prudencial.

[...] en vez de medirse a sí mismas por la competencia de sus graduados o por qué tan bien entienden sus profesores los impulsores del desempeño empresarial, se miden casi exclusivamente por el rigor de sus investigaciones científicas. Han adoptado un modelo de ciencia que utiliza un análisis económico y financiero abstracto, regresiones múltiples y psicología de laboratorio (Bennis & O'Toole, 2005, 1)²⁴.

La operatividad del positivismo técnico-racional de las ciencias sociales ha penetrado en la Administración²⁵. Ha sido el resultado de una actitud de envidia a la física y de un acto herético de trasplante, como si Laplace y la ingeniería mecanicista pudiera gobernar la complejidad ambigua y contextual de las organizaciones. Esto es peligroso, ya que en un futuro próximo, por ese camino, se estaría ante planes de estudio con asignaturas como la “ingeniería humana en las organizaciones”, como si fuera deseable iterar con algunos rescoldos *spencerianos* o con la genética humana para elevar la productividad laboral.

Es la época de la globalización unidimensional de la educación, uniformizada al estilo estadounidense. La Administración puede considerarse así un *localismo globalizado*²⁶, que reproduce y presenta como positivos conceptos como el individualismo, el egoísmo materialista, la maximización de la utilidad, el predominio de la creación de valor económico para los propietarios, la rentabilidad financiera de corto plazo, la hiper-competencia entendida como un combate de carácter militar y el consumismo, deteriorando la humanidad y la calidad ética de los estudiantes, los que más tarde serán directivos y/o empresarios y por la teoría

que han absorbido, empiezan a interpretar a los empleados y a los clientes como instrumentos para satisfacer sus propios intereses. Todo esto es inconsciente, ya que luego, después de un período de experiencia en la empresa, los ya directivos creen que su lógica es la práctica y que la experiencia es la reina, olvidando que realmente lo aprendieron a través de la teoría que les fuera difundida en la universidad.

Teniendo en cuenta el carácter de disciplina social, la Administración, en sus procesos de investigación y de enseñanza, no debería ya apuntar a la emulación exclusiva de los métodos causal-explicativos ni a la adopción de modelos matemáticos de explicación y predicción como herramientas fundamentales. No podemos continuar en el “vicio de la certeza”: desear con intensidad desbordada la certidumbre en la incertidumbre y trabajar en predecir lo que es impredecible e incierto (Taleb, 2008). Los fenómenos humanos y los organizacionales se hallan imbuidos por experiencias, perspectivas, modelos mentales, creencias, convicciones, singularidades, intereses, tensiones, dicotomías, valores, comportamientos impredecibles, matices, contextos, intenciones, significados, interpretaciones, emociones, símbolos, deseos e historicidad. La investigación merece una actitud de comprensión integral de las realidades organizacionales, incorporando para ello la interdisciplinariedad (Chanlat, 2004, 25; Pfeffer, 2008), la triangulación de investigadores y la complementariedad de los métodos -cuantitativos y cualitativos- (Patton, 2002; Shah & Corley, 2006). Requiere de integrar a la reflexión “científica” la *humildad epistémica* (Taleb, 2008), es decir, sin envidias a la física, haciéndonos conscientes de que cualquier resultado, a pesar de su rigurosidad estadística y de sus ecuaciones sofisticadas, es conjetura, no definitivo, refutable y evolutivo.

²⁴ Se cita la página de la traducción libre realizada por el profesor Rodrigo Mesa Prieto de EAFIT.

²⁵ Este efecto ya había sido denunciado por Le Moigne (1993). Recuérdese la ya famosa frase “envidia a la física” de las ciencias sociales y humanas.

²⁶ Para profundizar sobre los localismos globalizados, ver Santos (1998).

Conclusiones

Albert (1992) considera que el capitalismo moderno ha abordado con cierta eficacia temas como la organización social, la propiedad privada, el libre mercado, la democracia y el respeto de los derechos humanos, pero no ha podido resolver el problema de la *justicia social*.

Las organizaciones, el mercado y el sistema económico capitalista son estructuras y construcciones sociales, históricas y humanas que evolucionan y cambian en función del aprendizaje social y de las fuerzas que se apropian de ellas. El sistema capitalista moderno de mercado de corte neoliberal, impulsado por la economía neoclásica científicista, es temporal en la historia de la humanidad y, como consecuencia, también lo es la Administración en los términos conocidos. Por tanto, corresponde ser conscientes de esta historicidad y propender por una evolución hacia un capitalismo con rostro humano, incluyente, inclusivo, equitativo, con justicia social, apoyado, a su vez, por una perspectiva *humanística* con énfasis en el respeto por la dignidad humana, la solidaridad y las virtudes humanas.

Se trata entonces de construir una Administración humanizada, que reconozca, promocióne y proteja activamente el capitalismo de los grupos de interesados (*stakeholders*) (Freeman, Martin & Parmar, 2007) y la dignidad del ser humano -como fin y no como medio- en las organizaciones. Las empresas ya no bajo el predominio de la maximización del beneficio económico sino bajo el predominio del desarrollo integral de las personas. Una Administración renovada *en la que opere la ética en las interacciones humanas, y los supuestos y las creencias optimistas acerca de la naturaleza humana*²⁷. Cada persona es singular, única e irreplicable, tiene una dignidad inviolable, es *un fin por sí misma* y no un medio o recurso para la productividad de la empresa.

La condición latinoamericana de absorbentes culturales cosmopolitas (Espinosa, 2002) ha impulsado la importación sin aranceles de las modas administrativas estadounidenses no probadas en nuestro contexto (López, 1998). Sin embargo, se puede reconocer que los habitantes de esta parte del planeta tienen su propia historia, identidad y contexto socioeconómico. Que existen los sedimentos para generar un modelo económico y de gestión propios, fuera de la corriente dominante y unidimensional del capitalismo financiero cortoplacista anglosajón. Se puede construir un capitalismo democrático latinoamericano cuyos pilares sean las oportunidades socioeconómicas para los pobres, la justicia social, la solidaridad, la colaboración, la cooperación, la participación activa, la empatía (el *homo empathicus* que aprecia y se preocupa por los estados internos de los otros) y la ética en las interacciones humanas. Un capitalismo, un mercado y una Administración regidos por el *homo virtuosus*, es decir, esa "criatura" recuperada de nuestra tradición solidaria, impulsada por el bienestar del Otro, y que se comprende a sí misma como parte de *Gaia*²⁸.

²⁷ Ghoshal (2005) desvela que en las teorías administrativas hay inmersa una perspectiva pesimista del ser humano.

²⁸ En referencia a la Tierra como organismo viviente (Lovelock, 2007). Lo invitamos a leer nuevamente la citación que hemos colocado al comienzo de este artículo, y que hemos traído de Ospina (2008).

Bibliografía

Adorno, T. W. (2005). *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal, 512 p.

Aktouf, O. (2002). *Administración y pedagogía*. Medellín: Universidad EAFIT, 120 p.

_____. (2001). *La estrategia del avestruz racional*. Cali: Universidad del Valle, 370 p.

Aktouf, O.; Chenoufi, M. & Holford, D. (2005). "The false expectations of Michel Porter's strategic management framework", *Problems and Perspectives in Management*. 4. pp. 181-200.

Albert, M. (1992). *Capitalismo contra capitalismo*. Barcelona: Paidós, 253 p.

Amin, S. (1999). *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós, 188 p.

Ash, C. (2000). "Social-Self-Interest", *Annals of Public and Cooperative Economics*. (76) Oxford, pp. 261-284.

Bennis, W. & J. O'toole. (2005). "How Business Schools lost their way", *Harvard Business Review*. (83). Boston, pp. 96-104.

Brafman, O. & R. Brafman. (2008). *Sway. The irresistible pull of irrational behavior*. New York: Doubleday, 206 p.

Chanlat, J. F. (2004). *Ciencias sociales y administración*. Medellín: Universidad EAFIT, 101 p.

Chossudovsky, M. (2003). *La globalización de la pobreza y el nuevo orden mundial*. México: Siglo XXI, 392 p.

De Gaulejac, V. (2005). *La société malade de la gestion*. Paris: Seuil, 275 p.

De Gaulejac, V. y Aubert, N. (1993). *El coste de la excelencia*. Barcelona: Paidós, 285 p.

Dixit, A.K. y Nalebuff, B.J. (2008). *The art of strategy*. New York: Norton, 481 p.

Eisenhardt, K. (1991). "Better stories and better constructs: The logic case for rigor and comparative logic", *Academy of Management Review*. 3 (6). Briarcliff Manor, pp. 620-627.

Espinosa, G. (2002). "Mestizaje cultural: fortuna y vicisitudes", *Ensayos completos. 1989-2022 (Tomo II)*. Medellín: Universidad EAFIT, 377 p.

Fayol, H.-Taylor, F.W. (1994). *Administración industrial y general / Principios de la Administración científica*. Buenos Aires: El Ateneo, 210 p.

Ferraro, F., Pfeffer, J. & Sutton, R. (2005). "Economics language and assumptions: How theories can become self-fulfilling", *Academy of Management Review*. 1 (30). Briarcliff Manor, pp. 8-24.

Freeman, E. R., Martin, K. & Parmar, B. (2007). "Stakeholder capitalism", *Journal of Business Ethics*. 4 (74). Dordrecht, pp. 303-314.

Fromm, E. (1995). *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós, 287 p.

Galbraith, J.K. (1992). *Historia de la economía*. Ariel: Bogotá, 331 p.

Garcés, O. L. (2002). "La ideología de control en el pensamiento administrativo", *Revista AD-MINISTER*. 1. Medellín, pp. 23-38.

- Ghoshal, S. (2005). "Bad management theories are destroying good management practices", *Academy of Management Learning & Education*. 1 (4). Briarcliff Manor, pp. 75-91.
- Godelier, M. (1982). *Racionalidad e irracionalidad en economía*. México: Siglo XXI, 313 p.
- Guarnizo, D., Fuentes, A., Uprimny, R. (2008). *El derecho a la salud*. Bogotá: Dejusticia, 220 p.
- Gui, B. (2000). "Economics and interpersonal relations: Introduction", *Annals of Public and Cooperative Economics*. 2 (71). Oxford, pp. 133-138.
- Hamel, G. (2007). *The future of management*. Boston: Harvard Business School, 272 p.
- Kahneman, D. y Tversky, A. (1979). "Prospect theory: An analysis of decision under risk", *Econometrica*. 2 (46). Evanston, pp. 171-185.
- Lakoff, G. (2008). *The political mind*. New York: Viking, 304 p.
- Le Moigne, J. L. (1993). "Sur l'incongruité épistémologique des sciences de gestion", *Revue Française de Gestion*. 96. Paris, pp. 123-135.
- Lipovetsky, G. (2005). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama, 283 p.
- Lipton, B.H. (2008). *The biology of belief. Unleashing the power of consciousness, matter and miracles*. Carlsbad: Hay House, 204 p.
- López, F. (1998). "Educación en administración y modas administrativas en Colombia", *Revista Universidad EAFIT*. 109. Medellín, pp. 59-88.
- Lovelock, J. (2007). *The revenge of Gaia: Why the Earth is fighting back and how can we still save humanity*. London: Penguin, 192 p.
- Mandeville, B. (1982). *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. México: Fondo de Cultura Económica, 721 p.
- Mantere, S. y Vaara, E. (2008). "On the problem of participation in strategy: A critical discursive perspective", *Organization Science*. 2 (19). Hanover, pp. 341-358.
- Marcuse, H. (1999). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel, 286 p.
- _____. (1989). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel, 253 p.
- Marx, C. (1974). *El Capital. Crítica de la economía política* (Tomo I). México: Fondo de Cultura Económica, 729 p.
- Mintzberg, H. (2005). *Directivos, no MBAs*. Barcelona: Deusto, 487 p.
- Morris, C. H. (2008). *The trillion dollar meltdown. Easy Money, high rollers, and the great credit crash*. New York: PublicAffairs, 224 p.
- Nietzsche, F. (1991). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 203 p.
- Obama, B. (2008). *Keeping America's promise*. Discurso del 13 de febrero de 2008 en Janesville, Wisconsin. [En línea] Disponible en: <http://www.barackobama.com/speeches/index.php/> (junio 2008).
- Orrell, D. (2008a). *Apollo's arrow*. Toronto: Harper Collins, 449 p.

_____. (2008b). *The other side of the coin*. Toronto: Key Porter Books, 376 p.

Ospina, W. (2008). *El país de la canela*. Bogotá: La otra orilla, 368 p.

Patton, M. Q. (2002). *Qualitative research and evaluation methods*. Thousand Oaks: Sage, 598 p.

Pfeffer, J. (2008). "A modest proposal: How we might change the process and product of managerial research", *Academy of Management Journal*. 6 (50). Briarcliff Manor, pp. 1334-1345.

Philips, k. (2008). *Bad Money*. New York: Viking Penguin, 256 p.

Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Madrid: Mondadori, 371 p.

_____. (1992). *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica, 306 p.

Santos, B. do S. (1998). *La globalización del derecho: los nuevos caminos de la regulación y la emancipación*. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA) / Universidad Nacional de Colombia, 288 p.

Shah, S. K. & K. G. Corley. (2006). "Building better theory by bridging the quantitative-qualitative divide", *Journal of Management Studies*. 8 (43). Oxford, pp. 1821-1835.

Smith, A. (1995). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial, 814 p.

Stiglitz, J. (2004). *El malestar en la globalización*. Madrid: Santillana, 484 p.

Taleb, N. N. (2008). *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. Barcelona: Paidós., 491 p.

Weber, M. (1976). *Historia económica general*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 331 p.

_____. (1973). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 262 p.